



Por el élder Carl B. Pratt
De los Setenta

Las más ricas bendiciones del Señor

Al pagar nuestros diezmos fielmente, el Señor abrirá las ventanas del cielo y derramará sobre nosotros Sus más ricas bendiciones.

Estoy agradecido por los antepasados rectos que enseñaron el Evangelio a sus hijos en el hogar mucho antes de que se instituyera la noche de hogar. Mis abuelos maternos eran Ida Jespersen y John A. Whetten, quienes vivían en la pequeña comunidad de Colonia Juárez, Chihuahua, México. A los hijos de los Whetten se les enseñó por precepto y por observar el ejemplo de sus padres.

En México eran tiempos difíciles a principios de la década de 1920. La violenta revolución acababa de terminar, circulaba poco dinero en efectivo y la mayor parte era en monedas de plata. La gente a menudo efectuaba sus negocios por medio del trueque o del intercambio de artículos y servicios.

Un día, al final del verano, el abuelo John llegó a casa después de haber hecho un negocio por el cual había recibido 100 pesos en monedas de plata. Le dio el dinero a Ida y le pidió que lo usara para cubrir los próximos gastos escolares de los niños.

Ida estaba agradecida por el dinero, pero le recordó a John que no habían pagado el diezmo durante todo el verano. Ellos no habían tenido ingresos

en efectivo, pero Ida le recordó que los animales habían proporcionado carne, huevos y leche; su huerta había producido abundante frutas y verduras, y que habían hecho otros intercambios de artículos sin usar dinero en efectivo. Ida sugirió que deberían darle el dinero al obispo para pagar sus diezmos.

John estaba un poco desilusionado, puesto que el dinero les habría ayudado mucho con los estudios de sus hijos, pero de inmediato estuvo de acuerdo en que tenían que pagar sus diezmos. Llevó la pesada bolsa a la oficina de diezmos y le entregó el dinero al obispo.

Poco después, supo que un rico hombre de negocios de los Estados Unidos, el señor Hord, llegaría la semana siguiente con varios hombres a pasar unos días en las montañas para cazar y pescar.

El abuelo John se reunió con ese grupo de hombres en la estación de ferrocarril no muy lejos de Colonia Juárez. Tenía varios caballos ensillados y los animales de carga necesarios listos para transportar el equipaje y el equipo de campamento a las

montañas. La semana siguiente fue guía de los hombres y cuidó del campamento y los animales.

Al final de la semana, los hombres volvieron a la estación de ferrocarril para tomar el tren de regreso a los Estados Unidos. Ese día se le pagó a John por su trabajo y se le dio una bolsa de monedas de un peso de plata para cubrir los otros gastos. Una vez que John y sus hombres recibieron el dinero acordado, regresó el saldo del dinero al señor Hord, quien se sorprendió ya que no esperaba que sobrara nada de dinero. Entonces interrogó a John para asegurarse de que se habían cubierto todos los gastos, y John respondió que todos los gastos del viaje se habían cubierto, y que ése era el saldo de los fondos.

Se oyó el silbato del tren, el señor Hord giró para irse, pero luego se dio vuelta y arrojó la pesada bolsa de monedas a John. "Tenga, llévelas a casa para sus muchachos". John tomó la bolsa y se dirigió a Colonia Juárez.

Esa noche, después de cenar, cuando la familia se reunió para escuchar los relatos del viaje, John se acordó de la bolsa, la trajo y la puso sobre la mesa. Les dijo que no sabía cuánto había en la bolsa, así que para que se entretuvieran vació el contenido de la bolsa en la mesa, que resultó ser una gran pila y, cuando la contaron, llegó a ser exactamente 100 pesos de plata. Desde luego que se consideró como una gran bendición que el señor Hord hubiera decidido hacer ese viaje. John y sus muchachos habían ganado buen dinero, pero los 100 pesos sobrantes eran un recordatorio de la cantidad exacta de diezmos que habían pagado la semana anterior. Para algunas personas, esto podría ser una coincidencia interesante, pero para la familia Whetten era claramente una lección de que el Señor se

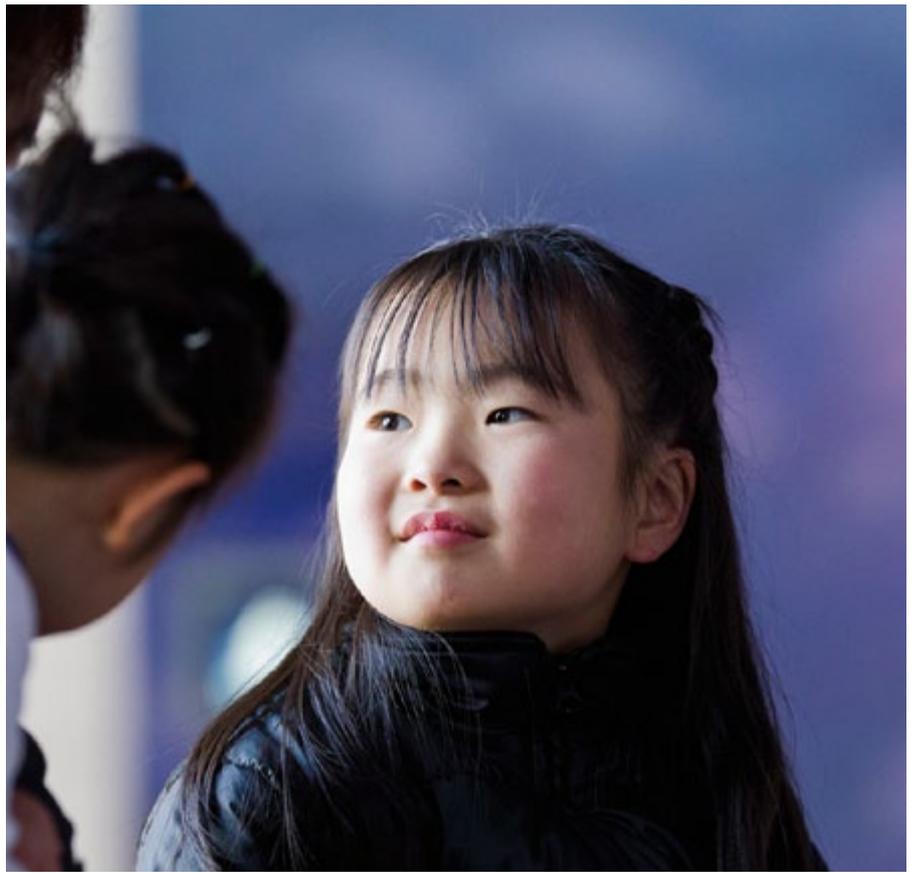
acuerda de lo que ha prometido a los que fielmente pagan Sus diezmos.

Cuando era niño, me encantaba esa historia porque se trataba de viajar a caballo y acampar en las montañas para cazar y pescar; y me encantaba porque enseña que cuando obedecemos los mandamientos somos bendecidos. Hay varias cosas que todos podemos sacar en conclusión acerca del diezmo en este relato.

Primero, notarán que el pago del diezmo en este caso no estaba relacionado con la cantidad de ingreso en efectivo. Los Whetten decidieron utilizar su primer ingreso en efectivo para los diezmos porque ellos habían vivido bien de sus animales y de sus productivas huertas de frutos y vegetales. Obviamente se sentían en deuda con el Señor por las bendiciones que habían recibido.

Eso es un recordatorio de la implicación de las palabras del Señor cuando pregunta: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado”. La gente pregunta: “¿En qué te hemos robado?”, y el Señor responde con vehemencia: “En vuestros diezmos y ofrendas” (Malaquías 3:8). Sí, hermanos y hermanas, así como John e Ida Whetten se dieron cuenta ese verano, hace décadas, todos estamos en deuda con el Señor. No permitamos que se nos acuse de robar a Dios; seamos honrados y paguemos nuestras deudas con el Señor. Lo único que Él pide es el 10 por ciento. La integridad al pagar nuestras deudas con el Señor nos ayudará a ser honrados con nuestros semejantes.

Lo siguiente que noté en este relato es que mis abuelos pagaron el diezmo sin importar la difícil situación económica por la que atravesaba la familia; ellos conocían el mandamiento del Señor, aplicaron las Escrituras a ellos mismos (véase 1 Nefi 19:23–24) y



obedecieron la ley. Esto es lo que el Señor espera de todo Su pueblo. Él espera que paguemos los diezmos, no de nuestra abundancia ni de lo que nos “sobre” del presupuesto familiar, sino como mandó en la antigüedad, de las “primicias” de nuestros ingresos, ya sean escasos o abundantes. El Señor ha mandado “no demorarás la ofrenda de la primicia de tu cosecha” (Éxodo 22:29). Mi experiencia personal es que la manera más segura de pagar el diezmo fielmente es pagarlo tan pronto como recibo el dinero. De hecho, he encontrado que es la única manera.

De mis abuelos Whetten, aprendemos que el diezmo realmente no es una cuestión de dinero, sino que es una cuestión de fe —fe en el Señor. Él promete bendiciones si obedecemos Sus mandamientos. Es evidente que John e Ida Whetten mostraron gran fe al pagar sus diezmos. Mostremos nuestra fe en el Señor al pagar nuestros diezmos. Páguenlos antes que nada, páguenlos honradamente. Enseñemos a nuestros hijos a pagar el diezmo, incluso de sus asignaciones

mensuales u otros ingresos, y luego llevémoslos a los ajustes de diezmos para que vean nuestro ejemplo y sepan de nuestro amor por el Señor.

Es posible que haya una mala interpretación del relato de mis abuelos. Podríamos llegar a la conclusión de que, puesto que mis abuelos pagaron el diezmo con dinero, el Señor siempre nos bendecirá con dinero; solía pensar de esa manera cuando era niño. Desde entonces he aprendido que no necesariamente es así. El Señor promete bendiciones a aquellos que pagan sus diezmos. Él promete “[abrir]... las ventanas de los cielos, y [derramar]... bendición, hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10). Testifico que Él cumple Sus promesas, y si pagamos fielmente nuestros diezmos no nos faltarán las cosas necesarias para vivir, pero Él no promete riquezas. El dinero y las cuentas bancarias no son Sus más ricas bendiciones. Él nos bendice con la sabiduría para administrar nuestros limitados recursos materiales, con la sabiduría que nos permite vivir mejor con el 90 por ciento de nuestros

ingresos que con el 100 por ciento. Por lo tanto, aquellos que son fieles pagadores de diezmos comprenden la vida providente y tienden a ser más autosuficientes.

He llegado a comprender que las más ricas bendiciones del Señor son espirituales y que a menudo ellas tienen que ver con la familia, los amigos y el Evangelio. Con frecuencia parece otorgar la bendición de una sensibilidad especial a la influencia y guía del Espíritu Santo, especialmente en los asuntos del matrimonio y la familia, tal como la crianza de los hijos. Esa sensibilidad espiritual puede ayudarnos a disfrutar bendiciones de armonía y paz en el hogar. El presidente James E. Faust sugirió que el pago del diezmo es “un excelente seguro contra el divorcio” (“Enriquezcan su matrimonio”, *Liahona*, abril de 2007, pág. 2).

El pago del diezmo nos ayuda a desarrollar un corazón sumiso y humilde, y un corazón agradecido que tiende a “confesar... su mano en todas las cosas” (D. y C. 59:21). El pago del diezmo fomenta en nosotros un corazón generoso e indulgente, y un corazón caritativo lleno del amor puro de Cristo. Sentimos el deseo de servir y bendecir a otras personas con un corazón obediente y sumiso a la voluntad del Señor. Aquellos que pagan regularmente sus diezmos fortalecen su fe en el Señor Jesucristo y desarrollan un firme y perdurable testimonio de Su Evangelio y de Su Iglesia. Ninguna de estas bendiciones es monetaria ni de alguna manera material, pero con seguridad son las más ricas bendiciones del Señor.

Testifico que al pagar nuestros diezmos fielmente, el Señor abrirá las ventanas del cielo y derramará sobre nosotros Sus ricas bendiciones. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Lynn G. Robbins
De los Setenta

¿Qué clase de hombres y mujeres habéis de ser?

Ruego que el empeño de ustedes por adquirir los atributos de Cristo tenga éxito a fin de que reciban la imagen de Él en su rostro y que Sus atributos se manifiesten en su comportamiento.

“Ser o no ser” es en realidad una muy buena pregunta¹. El Salvador hizo la pregunta de una manera mucho más profunda, convirtiéndola en una pregunta doctrinal de vital importancia para cada uno de nosotros: “¿Qué clase de hombres [y mujeres] habéis *de ser*? En verdad os digo, aun como *yo soy*” (3 Nefi 27:27; cursiva agregada). La primera persona del presente del verbo *ser* es: *Yo soy*. Él nos invita a tomar sobre nosotros Su nombre y Su naturaleza.

Para llegar a ser como Él *es*, también debemos *hacer* las cosas que Él *hizo*: “En verdad, en verdad os digo que éste es mi evangelio; y vosotros sabéis las cosas que debéis *hacer* en mi iglesia; pues las obras que me habéis visto *hacer*, ésas también las *haréis*” (3 Nefi. 27:21; cursiva agregada).

El *ser* y el *hacer* son inseparables. Como doctrinas interdependientes se refuerzan y se promueven una a la otra. Por ejemplo, la fe nos inspira a

orar y, a su vez, la oración fortalece nuestra fe.

El Salvador con frecuencia denunciaba a quienes *hacían sin ser*, llamándolos hipócritas: “Este pueblo con los labios me honra, mas su corazón está lejos de mí” (Marcos 7:6). *El hacer sin ser* es hipocresía, o fingir ser lo que uno no es; es decir, un impostor.

Del mismo modo, *ser sin hacer* es inútil, así como “la fe, si no tiene obras, *es muerta* en sí misma” (Santiago 2:17; cursiva agregada). *Ser sin hacer* realmente no es *ser*, es engañarse a sí mismo, es creer que uno es bueno sólo porque tiene buenas intenciones.

El *hacer sin ser*—la hipocresía—da una imagen falsa a los demás, mientras que *el ser sin hacer* da una imagen falsa a uno mismo.

El Salvador reprendió a los escribas y a los fariseos por su hipocresía: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmás”—algo